

**Diciembre 6, 2001**

**EN DEFENSA DE LA LEY DE LA SELVA**

**Por Agustín Saavedra Weise**

Intelectuales y personas cultísimas utilizan habitualmente la expresión "ley de la selva", cuando quieren referirse a luchas crueles –irracionales y despiadadas– entre seres humanos. La frase es común en todos nosotros ¡Quién no la utilizó alguna vez!

Escritores, políticos y simples ciudadanos, siempre citan a la “ley de la selva” cuando ocurre algo que parece estar fuera de la órbita normal de las pautas civilizadas que sirven de basamento a la sociedad organizada, a los seres humanos que conviven e interactúan en un determinado lugar, ciudad, país, el mismo mundo.

Yo tengo mis dudas con respecto a la calificación de "ley de la selva" para todo lo que aparentemente está fuera de nuestros códigos formales de ética. Sin ser zoólogo ni estudioso de los animales salvajes y de su conducta, con solamente observar las películas documentales que pasan casi periódicamente en la televisión, uno percibe que la ley de la selva no es tan cruel: más bien encierra cierta sabiduría y proporciona ejemplos para aquellos que teóricamente somos superiores: nosotros, la raza humana.

Un leopardo acecha a los antílopes. Con la paciencia característica de todos los felinos, el gran gato espera el momento propicio para dar su estocada mortal. Cuando considera que el tiempo es el apropiado, corre velozmente, creando verdadero pánico entre la manada que huye despavorida. Al final, si esta vez tuvo éxito (muchas otras fracasa), el leopardo toma a su presa, de un poderoso mordisco en la yugular le quita la vida casi instantáneamente y luego comienza a comer lo que necesita para sobrevivir. Si tiene cachorros, ellos participarán del festín. Satisfecho, el depredador se aleja y detrás vienen hienas, chacales y buitres para terminar la macabra faena. Al final, solamente quedan huesos, los que abonarán la tierra, esa jungla donde habitan conjuntamente fieras y víctimas. El leopardo no mató por placer: lo hizo por necesidad. Pudo liquidar, quizá, a varios antílopes; solamente cazó uno, estrictamente lo que requería para alimentarse. Además, por la índole misma de la cacería, es muy probable que el antílope muerto haya estado enfermo, con algún defecto, débil en definitiva, para ser fácil presa. Los más sanos y aptos escaparon de las fuertes garras del leopardo. Siguiendo con este ficticio ejemplo, vemos luego que salvo en la defensa de lo que el felino considera su propio territorio y en

épocas de celo, el animal no ataca –mucho menos mata– a los de su misma especie. Tampoco deteriora el medio ambiente. Su existencia es simple y diáfana: todos los días enfrenta el desafío de la sobrevivencia, debe cazar para comer, mantiene –a su manera– el equilibrio del círculo de vida que lo rodea y le sirve de "hábitat", no hace más daño que el preciso para seguir existiendo. Vida simple, irracional e instintiva, aparentemente cruel, pero en el fondo y quizá por la gracia de la naturaleza o la inteligencia de la divina Providencia creadora, tiene mucha sabiduría y brinda enseñanzas.

Si del leopardo pasamos a cualquier otro animal que se nos ocurra, el ciclo es aproximadamente el mismo, con las variantes que cada especie pueda proporcionar en torno al misterioso balance de la flora y fauna en estado natural.

En cambio ¿Cuál es la ley del hombre? Y no hablamos de códigos, normas escritas, ni de filosofía. Con franqueza, debemos admitir que muchas veces los humanos no actúan en función de su racionalidad y mucho menos, acorde con las pautas que una sociedad civilizada establece y enseña. El hombre miente, calumnia, difama, goza con el dolor ajeno, no mata para comer sino lo hace indiscriminadamente, por el placer enfermizo de cazar patos, monos, lo que sea. La envidia cebe muchos corazones; a veces la gente se daña cruelmente a si misma con tal de lastimar en igual o mayor proporción a su prójimo. En la patología social de la guerra, los hombres mueren por millones, aniquilados frenéticamente unos contra otros, devastando todo el esfuerzo productivo de siglos, sin perdonar mujeres, niños o ancianos. El terrorismo cobra vidas inocentes sin ningún escrúpulo y así prosigue la lista de fechorías humanas.

¿Alguien vio o filmó leones, cebras o gorilas haciendo lo mismo que los humanos? ¡No! Son muy raras, mínimas, las ocasiones en que animales de una misma especie se matan mutuamente. Además de matarse o dañarse entre si, el hombre también daña el medio ambiente: sus saqueos indiscriminados de flora y fauna han alterado el delicado balance bio-ecológico de muchas zonas del planeta. Así sucesivamente, podemos seguir describiendo las múltiples crueldades de la especie humana, comunes en todos los estratos sociales, culturales y que han sido –son– penosamente comunes a lo largo de la historia.

Se dirá que el hombre tiene también otras pautas de bondad, ética, sabiduría, caridad, solidaridad, amor al prójimo y a sí mismo. Evidentemente eso es cierto, pero no es menos verdadero que paralelamente coexisten los males narrados sintéticamente en el

anterior párrafo, válidos hasta este tercer milenio y que no parecen disiparse. La lucha del hombre contra el hombre prosigue su marcha implacable, con perversidad y sin ningún freno, aunque todavía hay quienes tenemos la esperanza –un poco utópica– de que alguna vez termine la malevolencia y seamos capaces de vivir en un mundo mejor, sin odios, sin rencillas entre humanos; con las leyes, normas, pautas, derechos, obligaciones (inclusive castigos), que nos auto imponemos para coexistir en paz. Todo ello, como fruto de la inteligencia racional que los hombres poseen para poder así, lograr armonía y progreso en la sociedad.

Mientras ese ideal no se concrete por completo, asistimos al hecho casi cotidiano de observar –y sufrir– conductas irracionales y crueldades sin límites que, de lejos, son más salvajes que la ley de la selva, tan aludida permanentemente.

La ley de la selva es sabia y prudente: es la ley del hombre la que sigue siendo descontrolada y feroz. Por eso, este columnista jamás cita a la injustamente denostada ley de la selva cuando se intenta su uso en el lenguaje. Prefiero, con tristeza realista, hablar de la penosa pero contundente ley del hombre, mucho más apocalíptica que la plácida vida salvaje con su secuela de vida y muerte, pero en perpetuo equilibrio ante Dios y la naturaleza.

-----000000-----